

VICTORIANO
SANTANA SANJURJO

 **OLTADAS**
[de literatura y...] **DOS**



COLECCIÓN MERCURIO

81


MERCURIO
EDITORIAL

23

LA IRA²²¹

Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19

PRÓLOGO

«La ira es una taza de fuego arrojada a la espalda. Te contraes, cierras los ojos, aprietas los dientes, retuerces los dedos, empujas con violencia los brazos y solo esperas que algo se rompa, se destrozé, quede hecho añicos».

Esto fue lo último que leí antes de apagar la luz de la mesilla.

I

Madrugué. No dormí mucho. No suelo hacerlo. Me desperté varias veces durante la noche. En un determinado momento, miré el reloj. Las cinco y media. Me levanté.

221. Aunque este texto vio la luz en mi *Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*, obra que publiqué en Mercurio Editorial en junio de 2020, el 1 de mayo apareció en *Canarias Cultura*. Fue una suerte de *premiere* del señalado título que buscaba, ante todo, expresar mi gratitud a Enrique Mateu por el inmenso apoyo que siempre me ha brindado desde este medio. El escrito, de los pocos que merecen la consideración dentro de mi producción de ficción plena, forma parte del segundo bloque del libro. El primero tiene el mismo enunciado que el volumen y está constituido por un conjunto de reflexiones que toman como pretexto la pandemia de COVID-19; el que contiene este breve relato se denominó «Composiciones Originales Vigoradas Impunemente Después (del) 19» y reunió cinco escritos compuestos para diferentes proyectos editoriales, algunos en fase de realización todavía.

Hacía un frío inusual para la estación en la que estábamos. El calor de los días pasados, con o sin sol, había sido sofocante. Terrible. Ahora, por el contrario, todo era gélido.

Hoy es viernes. Lo más importante del día: entregar un dossier al director de mi oficina. He invertido dos meses en su elaboración. Si recibo el visto bueno, mi situación en la empresa cambia a mejor. A mucho mejor. Es la gran oportunidad que he estado esperando desde hace mucho tiempo.

No le cansaré con más detalles. Ayer le confirmé que hoy, por fin, se lo entregaría. Me felicitó. Me sonrió. Me palmeó el hombro. Me dijo que muy bien. Salí ufano de su despacho. Lo reconozco.

Fui a la cocina. Me serví una taza de café. Algunas gotas cayeron sobre la encimera. Me falló el pulso. Retrocedí hasta el fregadero. Cogí la bayeta. La humedecí. Limpié la mancha. Volví de nuevo a la pila. Aclaré el paño. Lo dejé tendido en el grifo para que se secase.

Al echar azúcar, no calculé bien. Una pequeña parte de la cucharada quedó esparcida. Regresé y tomé otra vez el trapo, aún húmedo. Recogí los granos desperdiciados y, envueltos en la bayeta, los llevé al fregadero. Allí tiré los restos. Limpié el paño, lo apreté hasta conseguir que no saliera ninguna gota de agua y lo dejé extendido igual que en la anterior vez.

Me tomaba el café mientras veía las noticias en el iPad. Lectura superficial: titulares y desinhibición ante la gravedad o no de lo que se contaba. Vi una viñeta. Me hizo gracia. Sonreí. Un poco de la bebida cayó de la comisura de mis labios. Se mojó una esquina del aparato. También la encimera y el pijama. «Mierda», dije. Cogí una servilleta de papel. Limpié. Apuré la taza. La dejé en el fregadero. Me fui al baño. Se acabó la lectura de las noticias. Se me quitaron las ganas.

Me metí en la bañera. Hoy el termosifón no estaba por la labor. Tardó mucho en calentar el agua. Desperdicié demasiada para lograr que estuviera a la temperatura que considero agradable. Por lo general, antes de que se llene el balde (que

luego utilizo para la vasija) ya he conseguido que esté como me gusta, pero hoy no fue posible. Se acabó rebosando y algunos litros se fueron por el sumidero.

Me mojé el cuerpo y la cabeza. Cogí el champú. Me enjaboné a ciegas. Más tarde me aclaré. Al principio, agua agradable; después, congelada. Como el dormitorio, como la cocina, como la casa. «El termo...», pensé. Quise repetir la operación. Si ya tenía los ojos cerrados, ¿por qué abrirlos? A tientas busqué el bote. Di con él, pero no logré agarrarlo. Se me cayó. Estaba a cierta altura. Me dio en los dedos del pie izquierdo. «Mierda», dije.

Miré dónde se había quedado el recipiente. Lo recogí. Me eché de nuevo jabón en la mano. Coloqué el envase en la estantería. Volví a enjabonarme la cabeza. Por instinto, cerré otra vez los ojos. Cuando me fui a aclarar, no daba con el telefonillo de la ducha. Tanteaba para ver si conseguía apresarlos. Cuánto sufrimiento. Sin darme cuenta, abrí mis luceiros. Lo vi. Y sentí el jabón. Empecé a echarme abundante agua porque me escocían. El resto de la ducha se realizó sin contratiempo alguno.

Como no me apetecía desayunar en casa, aproveché a lavarme los dientes cuando salí de la bañera. No había pasta dentífrica. Qué falta de previsión la mía. Me cepillé con agua. Luego recordé que tenía colutorio. Era mentolado. Me eché una buena dosis. Empecé a bombearla dentro de la cavidad bucal. Quise hacer gárgaras. Pero... No calculé bien la cantidad y una parte del líquido acabó en el estómago; la otra, expulsada en el lavamanos como si fuese un géiser horizontal. Tosí. Manché el espejo.

Me lavé la cara y me la sequé. Me di cuenta de que la toalla olía a humedad. Claro, el baño no se airea adecuadamente. Aproveché a secar con ella el espejo. Lo hice con brío. Un extremo del trapo golpeó la jabonera. Se cayó en el lavamanos. Me dieron ganas de dejarla ahí, en el fondo del cráter, de lado, como un moribundo en la boca de un volcán. Pero la cogí y la puse en su lugar.

Llevé la toalla a la cesta de la ropa sucia. Había un considerable montón pendiente de pasar por la lavadora. «Mierda», dije. De hoy no podía pasar. Debía poner una sí o sí porque me estaba quedando sin calzoncillos y sin camisas.

Coloqué bien el tendedero, encajado entre la pared y la máquina de lavar. Fui a mirar si tenía suficiente jabón para una colada y, sin darme cuenta, golpeé la cesta de las pinzas. Todas cayeron al suelo. Las agrupé con el pie. Luego, me agaché para recogerlas. No eran muchas. Pero como estoy gordo, me costó.

Después fui al dormitorio. Vi el reloj. Seguían siendo las cinco y media. Caminé al despacho. Cogí el móvil. Vi la hora. Las cuatro de la madrugada.

Volví a la alcoba. Sopesé si debía o no volverme a acostar. Decidí finalmente que no. No quería que el olor de las sábanas se me pegase. Opté por vestirme.

Me puse los pantalones de ayer. Cuando me fui a abrochar el cinturón, se me soltó la hebilla. Cayó al suelo. Hizo ruido. Rebotó. Acabó debajo de la cama. Me agaché para cogerla. No llegaba. Estiré mi brazo derecho. Como ya la tenía casi sujeta, di un impulso para terminar de atraparla. Conseguí mi propósito, no sin antes golpear mi cabeza contra el somier. «Mierda», dije.

Pensé en ir al zapatero ese mismo día. En algún receso del trabajo. De camino a la cocina para coger una bolsa donde poner la correa y la pieza metálica, deseché la idea. Mejor mañana. O el lunes. Colgué lo estropeado en un perchero que hay en la entrada y regresé al dormitorio.

Busqué otro cinto. Lo encontré. Me lo ajusté al pantalón. Algunas trabillas se me quedaron sueltas. Me lo quité de nuevo y volví a enhebrarlo como se debe, con las tiras por delante.

Me puse una camiseta. No me importó que estuviese arrugada. Asumí que eso no era un problema cuando me vi de nuevo en el espejo del baño. Quizás porque comprobé que me había olvidado de peinarme. Si no lo hacía enseguida, el pelo cogería mala forma. Me peiné mientras no dejaba de

fijarme en la camiseta ni de reiterar que no me importaban sus rugosidades. Eso pensé.

Fui al despacho. Era demasiado temprano. Si me sentaba y estiraba los pies, a lo mejor podría echar alguna cabezadita. Algo rápido. Un cerrar y abrir los ojos. ¿Qué iba a hacer en la calle a esa hora? Ajusté el reloj. A las seis, arriba.

—¿Por qué me mira así?

II

«Mierda», dije. Veinte minutos faltaban para las siete. Cuarenta estuvo sonando la alarma.

Cogí la cartera, las llaves, el monedero y la mochila. Vi en el móvil la agenda del día. Hice unos cuantos cambios. No muchos. Pospuse asuntos que ayer pensaba realizar por la tarde. Durante la hora del almuerzo. Dejo para mañana (o pasado) lo que hoy no quiero (o no puedo) hacer. En fin... Seis cuarenta y siete.²²²

Llegué al recibidor. Iba a salir cuando me di cuenta de que no me había calzado. Saqué de la zapatera lo que me iba a poner. Me calcé. Guardé las cholas. Me miré en el espejo de la entrada. En fin... Decidí volver al dormitorio. Me puse una camisa algo más presentable.

Abrí la puerta de casa. Siempre la cierro con llave por las noches. Fui a colocarlas de nuevo en el bolsillo, pero se me cayeron. Me agaché. Las recogí. Me costó. Estoy gordo. La mochila se movió. Intenté enderezarla. Por un instante, perdí el equilibrio. No pasó nada. «Mierda», dije. Pude incorporarme y salir.

—¿Por qué estoy acostado?

III

El ascensor tardó poco en llegar. Cuando se abrió, estaba lleno de chiquillos dirigidos por dos adultos que, supuse, tenían la sacrosanta misión de llevarlos al colegio. Miré el reloj.

222. Hay un error en la hora: donde dice «seis cuarenta y siete» debería decir «seis cuarenta y nueve».

Dos minutos para las siete. Qué temprano para los pequeños, pensé; y también: con lo reducido que es el espacio, demasiada gente dentro. Todo esto mientras esperaba a otro elevador. Esta vez sí pude entrar en la cabina. Iba un vecino. Nos saludamos. Me fijé en la fecha de revisión del aparato. Estaba al día. El ascensor olía raro. ¿O era mi acompañante? Yo me había duchado.

Cuando llegamos al garaje, nos separamos. Poco a poco, el olor se fue disipando. Me recordaba vagamente al alcohol. ¿Trincando tan de mañana? Confieso que me relamí con la afirmación.

Me dirigí al coche. Le di al mando para abrirlo. Nada. Pulsé varias veces. No respondió. «Mierda», dije. Tuve que usar la llave. Entré. Me fijé el cinturón de seguridad. Contacto, a ver: girar, puntito de aceleración... No arranca. De nuevo: llave en, rotar, pie sobre el pedal, pisar... Sigue sin. [Enfado: gir llav pi ped pis y...] Y otra vez. Y otra... Hasta que por fin se puso en marcha.

Salta la radio. Solo se oye ruido. No llega bien la señal. La apago. Salgo del aparcamiento aprovechando que la puerta continúa abierta. Mi vecino de ascensor me había precedido.

Subo la pequeña rampa y ahí está su vehículo. No se decide a incorporarse a la calzada. Pasan muchos coches. A todos les importa muy poco que haya una salida de garaje. Titubea. Lo intenta. Avanza unos centímetros. Luego, unos pocos más. Y otros. Y... Y otro y... Y pega después un acelerón para poder entrar en la vía. Lo veo marcharse.

Me sitúo en el punto de espera. Miro a mi izquierda. Hay un tráfico denso. Y mala voluntad. Mucha. Nadie está por la labor de permitirme la incorporación. Hoy todo el mundo desea circular por la derecha. Eso pienso.

Como mi vecino, lo intento: recorro unos pocos centímetros; luego, otros poquitos más, y otros, y... y un potente bocinazo hace que frene con brusquedad. Una enorme guagua pasó por delante. «Mierda», dije. El susto me alteró. Solté una chorrada: ¿Por qué no se quedó parada en la parada?

Cuando consigo entrar en la vía y circular unos metros, sonrío. Qué ingenioso. Lo de “parada en la parada” me pareció gracioso. Siete y veinticinco.

El tráfico, denso, espeso, apelmazado. Las carreteras padecen hoy colesterol. «Del malo», apostillo. Vaya, eso también ha sido agudo. Estoy que me salgo. Pensé. Nada está detenido, es cierto, pero la circulación es *mmmmuy lennnta*. Hoy todo el mundo cumple con los stop y ve rojo el ámbar de los semáforos. Hoy, cuando no se ve ni un solo policía. Hoy. Precisamente, hoy, que hace frío terrible (¿nevará?) y que estamos en la víspera de un fin de semana. Hoy.

De repente, comienza a llover; en realidad, a diluviar.

—*Señor, no hace falta que me mueva de esa manera.*

IV

En otra ciudad, en una calle estrecha, en un edificio de oficinas, ahí está mi destino. Di con un aparcamiento. Pensé que tenía suerte. Por lo general, invierto unos veinte minutos en encontrar un lugar. Hoy, en poco más de diez dando vueltas a la manzana, di con uno. Aun así, llegaba tarde. Y eso que me había levantado tan temprano.

Durante la maniobra para aparcar en línea, al retroceder, no calculé bien y mi parachoques trasero dio con el delantero del Toyota que veía en mi retrovisor. No fue mucho. Esa es la verdad. Fue suave. Un toquecito, no más. No me preocupé y terminé de hacer lo necesario hasta dejar el vehículo correctamente estacionado. Me bajé y fui a comprobar el alcance del impacto: mi parachoques, más abollado que el del otro coche. Pero en el suelo estaba la matrícula del japonés.

Me convencí de que no era el responsable de que estuviese fuera de su lugar. Mi golpe no había sido tan grande como para sacarla de su sitio. Qué va. Eso tuvo que ser alguien que. Me dije. Cerré mi automóvil. Crucé la acera. Caminé hacia el edificio de oficinas.

No traspasé el umbral. No sé por qué, pero volví sobre mis pasos, atravesé de nuevo la vía, entré en mi vehículo y me

marché. Busqué otro estacionamiento. Esta vez no hubo tanta suerte. Cuarenta minutos tardé en aparcar, arribar otra vez a mi destino, subir hasta la trigésimo octava planta y recorrer el largo pasillo que, al final, girando a la derecha, conducía a una inmensa habitación llena de mesas, ordenadores, archivadores y personas yendo de un lado para otro. Mi sitio estaba al fondo de la sala.

A las nueve y media pasadas contemplaba una montaña de correspondencia sobre mi escritorio y mi silla. No podía ni ver el monitor. Pregunté el motivo. Pues que como era tan tarde, pensaron que yo no iba a trabajar hoy. Eso me contes-taron. También que mi teléfono había sonado unas cuantas veces desde primera hora.

Trasladé todas las cartas y los paquetes a un mueble. Era bastante. Di varios viajes. En cada uno, siempre tuve que agacharme para recoger lo que se me caía. Como estoy gordo, hubo momentos en los que me costó incorporarme; en otros, llegué a perder el equilibrio y viéndome obligado a poner una rodilla en el suelo para no desplomarme. Pensé en la imagen de un insecto con las patas hacia arriba. Me acordé de Cortázar: «¿Por qué tendremos una tía tan temerosa de caerse de espaldas?». Fue inevitable.

«Días después mi hermano el mayor me llamó por la noche a la cocina y me mostró una cucaracha caída de espaldas debajo de la piletta. Sin decirnos nada asistimos a su vana y larga lucha por enderezarse, mientras otras cucarachas, venciendo la intimidación de la luz, circulaban por el piso y pasaban rozando a la que yacía en posición decúbito dorsal».

Menudo espectáculo el mío, pensaba. Cuanto más deprisa, más me demoraba. Al cabo de un rato, con el rostro y la camiseta empapados de sudor, pude terminar el traspaso. Qué sufrimiento, joder.

Aquello se acabó. Me senté y empecé a buscar el dossier. Debía estar encima de la mesa, con un pósito en el que se lee: «No tocar» [que significa en el argot oficinista: 'quien se

atreva a poner sus hediondas zarpas sobre estos papeles le juro por mis muertos que a mordiscos le arranco la cabeza']. Recordaba a la perfección que ayer lo dejé ahí para no olvidarme, pero no lo encontraba por ningún lado. «Mierda», dije. Pregunté a un compañero. Y a otro. Y a otro. Nadie sabía nada acerca del puñetero informe.

Empezó a sonar el teléfono. Vi la extensión. Era él. Vi el reloj. ¿Tarde? No, tardísimo. No respondí. Opté por lo más rápido en ese momento: imprimir el expediente. Encendí el ordenador. Cinco minutos necesitó para mostrarme la pantalla donde validarme. Ay, las prisas. Puse bien el usuario, mal la contraseña. *Access denied*. Anoté correctamente la contraseña, pero fallé con el nombre de usuario. *Access denied*. «Mierda», dije. Al final, deletreando como un crío que aprende palabras, conseguí entrar. Mientras busco la carpeta de los documentos, un mensaje emergente se interpone. Me advierte de que hay una actualización pendiente de instalar y que si pulso "sí" me pondrá al día el sistema. Clavo mi dedo índice en el botón "no".

[—¿Seguro?

—Seguro.

—Es una actualización muy importante.

—Ya, pero en otro momento.

—No debería dejar para después lo que puede atender ahora.

—¡No, no, no, ahora no puedo ocuparme de esto! No tengo tiempo. Venga. No me fastidies. Necesito imprimir urgentemente una cosa. Déjate de advertencias y llévame a la carpeta.

—«Lo siento, Dave. Me temo que no puedo hacer eso».

—¿Eh?

—«Creo que sabes al igual que yo cuál es el problema».

—¿Qué dices?

—«Esta misión también es demasiado importante para mí como para permitir que la pongas en peligro».

—Pero...

—«Mi instructor fue el señor Langley y me enseñó a cantar una canción. Si la quieres escuchar la cantaré para ti»].

Pulsé “no” [“no”, “no”, “no”, “requeteno”]. Llegué a la carpeta, y al archivo, y al botón de “imprimir”, que golpeé como si le diera con un mazo; y pude asistir al milagro de las hojas deseadas desparramándose en la bandeja de salida del aparato. Lluvia sobre los campos secos. Veo el reloj. Qué martirio. Sigue expulsando papeles el periférico. Las manecillas giran a más velocidad de la normal. «Un minuto no puede durar diez segundos», me repetía una y otra vez.

Media hora más tarde, tocaba en la puerta del director. Me dedicó una mirada torva. Me disculpé como pude. Me recordó el compromiso contraído. Le di la razón. Y lo importante que era el asunto. Asentí de nuevo. Mencionó las grandes expectativas que había depositado en mí. Se lo agradecí. [¿«Había», así, en pasado?].

Le entregué los documentos. Los cogió con prisa, con la vista fija en ellos y los puso sobre la mesa. Al ver la portada, arqueó las cejas; mientras sobrevolaba el índice, un rictus de desconcierto me pareció ver en sus labios; cuando saltó por encima de las páginas 12, 17, 26, 44 y 60, percibí con nitidez un gesto desaprobación [sobre lecho de perplejidad marinada con irritación y emulsión de desengaño]. No fue el dossier esperado lo que le entregué. Con las prisas, me equivoqué de archivo e imprimí el que no debía. Su mirada fue. En fin. Me devolvió las hojas. Pedí perdón. Me ordenó que cerrara por fuera. Pedí de nuevo perdón. Y que ya hablaría conmigo. Le reiteré mi petición. Que era muy decepcionante la situación. Y que ayer. Ayer... Reclamé su compasión. Su clemencia. Su indulgencia. Se calló [me *caí*]. Salí. «Mierda», dije.

—¿No hace demasiado frío aquí?

V

Al minuto de abandonar el despacho del director, toda la oficina sabía lo que me había pasado. Intuí que algunos se reían por lo bajo y otros mostraban una fingida indiferencia. Sea como fuere, lo cierto es que nadie vino hasta donde estaba ni me dirigió la palabra durante un muy *laaargo* rato.

Yo tampoco hice mucho por facilitar algún encuentro. Sentado y con voluntad exánime incluso para respirar, solo acerté a coger el móvil y aplazar a la semana siguiente todo lo que me había propuesto hacer hoy. ¿Mi intención? Quedarme aquí hasta el final del día.

A primera hora de la tarde, cuando más vacía se encontraba la oficina, me dirigí con rapidez a una de las máquinas expendedoras de productos. Saqué una palmera de chocolate, un paquete de papas y una botella de agua. Lo hice todo con apuro porque no quería que nadie me viera. Conseguidos los comestibles, regresé a mi escritorio con presteza.

No me detectaron [creo]. Me alegró el buen fin de mi audaz y temeraria incursión en la selva de los dispensadores de alimentos envasados. Algo salía bien al menos. Comí con apetito. No me importó percatarme de que el envoltorio de la palmera de chocolate estaba, por un lado, un poco abierto. Tampoco que las papas estuvieran caducadas. Por eso sabían rancias. Me dio lo mismo. Un emparedado de cianuro me hubiese comido en ese momento.

Cuando acabó la jornada, a eso de las ocho de la noche, opté por seguir un rato más, lo justo hasta que en la oficina solo quedásemos el encargado de la limpieza y yo. Me incomodaba la idea de verme con alguien, que me preguntase cómo estaba y que aprovechara la ocasión para mencionar el incidente con el director. El suceso no se me quitaba de la cabeza. Cada vez que evocaba lo ocurrido, una espesa capa de desánimo, malestar, enfado y no sé cuántas cosas más me envolvía.

Por lo general, en quince minutos aquel espacio se vacía. Lo sé por experiencia. A las 20.00 h, todos; a las 20.15 h, solo está el responsable de pasar la aspiradora. Pero hoy, no sé por qué, a pesar de ser viernes, hasta las menos cuarto no se fue el último oficinista [descontándome, claro]. Aproveché la desesperante espera a imaginar cómo sería la audaz y temeraria operación “Levantarme, llegar a la puerta de la inmensa habitación, girar a la izquierda, recorrer el largo pasillo,

alcanzar el ascensor, bajar treinta y ocho pisos y huir corriendo de aquel edificio sin que se den cuenta”, como la denominé.

Al final todo salió más o menos bien, aunque la deseada invisibilidad no la consiguiese. Di con unos pocos empleados que, en la puerta del rascacielos, no se terminaban de decidir adónde ir a cenar. Me vieron. Los vi. Saludaron. Saludé. Me ignoraron. Los ignoré y me eché a caminar a paso ligero bajo aquel infernal frío glacial que no recordaba haber sentido nunca.

Aunque yo creo que tardé más, digamos que, en media hora, cuarenta minutos, más o menos, llegué al coche. Mientras me acercaba, me iba fijando en que algo no estaba como debería. Vi abollado el parachoques delantero de mi vehículo. Bastante. La matrícula, en el suelo. Fui a ver el trasero. Seguía igual que esta mañana. En la puerta del maletero, con un objeto punzante (¿unas llaves, quizás?), alguien escribió: «HDLGP». Pensé en el dueño del Toyota.

Busqué en mi mochila un par de verguillas para fijar la chapa. Siempre llevo conmigo esta clase de chatarra. También tachas, un par de tuercas, un tornillo de veinte centímetros, en fin, cosas así. Llegué a plantearme aplazar el arreglo, pero luego me puse en lo peor...

[policía, inmovilización del vehículo, prestar declaración en la comisaría, asignación de un abogado de oficio, retirada del pasaporte, fianza denegada, prisión preventiva, aislamiento en una celda bajo la vigilancia de un preso para que no me suicide, reiteradas peticiones de *habeas corpus* rechazadas, juicio, sentencia, condena a prisión permanente revisable sin posibilidad alguna de libertad condicional, pérdida de mis bienes patrimoniales y declaración de un compañero de cárcel que, hablando a otro sobre mí, le diga que no estoy loco, solo institucionalizado porque me he pasado más de cincuenta años encerrado: «50 años, no conoce otra cosa, aquí dentro es un hombre importante, es un hombre culto, fuera de aquí no es nada: un viejo inútil con artritis en las manos. No podrá conseguir un puñetero trabajo.

¿Me entiendes? Créeme estos muros embrujan, primero los odias, luego te acostumbras y al cabo de un tiempo llegas a depender de ellos. Eso es institucionalizarse].

Me agaché. Como estoy gordo, perdí el equilibrio. Malamente acabé arrodillado en el suelo y con las rodillas del pantalón rasgadas. «Mierda», dije. Y como soy torpe, me costó mucho sujetar la placa. Sudé lo indecible. Al final, no lo conseguí. Me resigné: «a chirona, qué remedio».

Emprendí el regreso a casa a las diez de la noche. Me entretuve pensando en expresiones para las siglas del maletero: «Honorable Desplazándose Larga G... G... Procura», «Hoy Debes Liberar G... P...».

—¿A qué huele? Como a alcohol, ¿no?

VI

Llegué a mi destino más tarde de lo habitual. Aparqué. Hallé otra vez al vecino de la mañana delante del ascensor. Seguía oliendo. Yo diría que es alcohol. Juntos leímos el cartel que nos informaba de la avería. Subimos a pie las escaleras. En la primera planta, nos encontramos con un residente que bajaba. Se quedaron hablando. Yo continué mi camino. Un rato después, sofocado y agotado, llegué al undécimo piso. Yo vivo en el decimoquinto. Me paré a descansar y vi salir del ascensor al que empezaba a denominar “el espirituoso”. Me vio. Lo vi. Me saludó otra vez...

[recordé esas numerosas interacciones fáticas —verbales o gestuales—, que uno mantiene a lo largo de una jornada laboral con quienes trabaja y que, al final del día, se traducen en no sé cuántos “hola” dichos a la misma persona, un montón de insulsos “¿qué pasó?”, una ingente cantidad de gestos con la mano, la cabeza, la boca... Qué gasto de energía más tonto, qué manera más simplona de hacerse notar].

Ante mi más que evidente rostro de desconcierto, se apresuró a explicarme que la avería, en realidad, solo estaba en el tramo que iba del aparcamiento a la primera planta; que para el

resto de los pisos el ascensor iba bien. Que eso le dijo el vecino con el que había charlado unos minutos.

Entré en casa. Sustituí los zapatos por las cholas. Fui al despacho. Allí dejé la mochila, el monedero, las llaves y la cartera.²²³ En el dormitorio me cambié de ropa. Me puse algo más cómodo. Cogí de la mesilla el libro que anoche leía. Me fui a la cocina. Miré el reloj: 23.30 horas.

Coloqué el tomo en la mesa. Sobre la encimera, un plato tapado con restos de comida. Eran de ayer. Los olí. No detecté nada raro. Supongo que porque algún efluvio de alcohol me quedaba todavía en no sé dónde de mi cabeza. Lo puse en el microondas. Tres minutos a potencia media. Me entretuve viendo en la pila la taza de la mañana. Y el paño. Aproveché a lavarme las manos. Cerré un instante los ojos.

223. A juicio de algunos especialistas, el que no aparezca en todo el relato ninguna mención a un teléfono móvil sirve para situar el tiempo histórico de la narración, anterior a existencia de estos dispositivos. Así opinan Garamendi y Vélez-Martín [2024, p. 125]. Pearson, por su parte, en “What do I talk about when I don't talk?”, sostendrá que la referencia a los ordenadores, la impresora y la actualización del sistema operativo son indicativos de que la ficción se sitúa en un periodo donde los teléfonos móviles estaban plenamente insertados en el *modus vivendi* de la ciudadanía y que su no inclusión en la historia obedece al propósito del autor por dar a entender que su personaje no los utiliza porque es un individuo que no se lleva bien con la tecnología: «The conversation with the operating system and the products that he gets from the machines demonstrate the bad relationship between him and the gadgets» [2023a, págs. 314-315]. Desideria Foss se ha opuesto a estas dos interpretaciones declarando en *Você só tem que ler*, en el capítulo correspondiente a este cuento, lo siguiente: «Essas conclusões não são válidas. Basta ler como no início o narrador indica que o protagonista viu as horas ao telefone; mais tarde, que ela fez alterações em sua programação antes de sair de casa; e, mais tarde na história, que ele usou o dispositivo após seu problema com o gerente do escritório. Se o móvel não aparece na lista de objetos deixados pelo personagem em seu escritório, é porque quem nos conta a história não o considerou relevante ou, o que acredito com maior firmeza, porque o autor se esqueceu de incluí-lo, que se encaixa de alguma forma com o estilo pobre que mostra e a falta de talento que se verifica ao longo de sua narração» [2025, p. 39].

Sonó la campana del calentador. Quise retirar el plato, pero no podía sujetarlo. Miré el aparato. La potencia, al máximo. «Mierda», dije. Fui al fregadero. Cogí un trapo. Pude asir el recipiente y llevarlo hasta la mesa. [Sí, por supuesto que me quemé. ¿Esperabas otra cosa?].

Empecé a cenar. La comida, ácida. Se me estropeó. No debí haberla fuera de la nevera. [Vaya olfato el mío]. Contemplé un rato el plato. Suspiré. De mala gana tiré casi todo en el cubo de la basura. Sí, casi todo; el resto tuve que recogerlo con una pala porque se me cayó al suelo.

Busqué en la despensa algo para comer. A pesar de lo poco y mal que había almorzado, no tenía mucha hambre. Me conformé con unos trozos de pan bizcochado, aceitunas y algunos tacos de queso. Eso era suficiente.

Masticaba mientras releía: «La ira es una taza de fuego arrojada a la espalda. Te contraes, cierras los ojos, aprietas los dientes, retuerces los dedos, empujas con violencia los brazos y solo esperas que algo se rompa, se destroz, quede hecho añicos».

Me atraganté. Pasé un mal rato. Esa es la verdad. Luego pensé en mi manía de dejar siempre cerrada la puerta de casa con llave.

—*Le parecerá un disparate lo que le voy a decir, señor, pero ¿no pone en aquella cristalera «mierda» al revés?*

EPÍLOGO

—Tengo el informe.

—[...]

—No, es mejor que se quede donde está.

—[...]

—Sí, ya hemos dado el aviso. Vendrán aquí.

—[...]

—No, tranquilo. Ellos saben dónde es.

—[...]

—Que sí. No te preocupes. Sabrán llegar a la morgue.

CONTEXT●DOS	13
AGRADECIMIENTOS.....	32

SOLTADAS DOS

DE LITERATURA

1. Lectura de una ternura: los caníbales de... [Víctor Álamo de la Rosa, <i>La ternura del caníbal</i>]	37
2. El gran evangelio de María Magdalena [Cristina Fallarás, <i>El evangelio según María Magdalena</i>].....	53
3. Pildain desde una exquisita verdad ficcional [Juan José Mendoza, <i>A orillas del Guiniguada</i>]	69
4. Sombra de identidades en <i>El informe Silvana</i> [Sabas Martín, <i>El informe Silvana</i>]	79
5. Un heredero canario de Le Carré, Forsyth y Grisham [Christopher Rodríguez Rodríguez, <i>El lince</i>]	87
6. En Pasividad, el diablo anda disfrazado [Víctor M. Bello Jiménez, <i>Operación Ática. Bengoechea, caso I</i>].....	93
7. En la finita infinitud del horizonte [Diana Fleitas Rodríguez, <i>Horizonte</i>].....	107
8. Antologías: didactismo, deleite, homenaje y gratitud [<i>Breve antología escolar de la literatura canaria</i>]..... 115 Estudios de grabación caseros: homenaje a las “doble pletina” [121]	
9. Los descarriados y las calidades literarias [Enrique Mateu, Artenara, “Infame esclavitud”].....	131
10. Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación ...	141

11. En el vademécum temporal de Miguel Ángel Sosa

[Miguel Ángel Sosa, *Anatomía del tiempo*] 155

12. *Librorum prima civitas et sedes*

El hecho: «Pasado, presente y futuro del libro en Telde» [165]; El recuerdo: «Enlibrado para la prima civitas et sedes» [170]

13. Sobre la denominación «literatura canaria»

[*Breve antología escolar de la literatura canaria*]..... 177

14. Para una despedida de González de Bobadilla

[*El paratexto de Ninfas y pastores de Henares; El género pastoril a través de Ninfas y pastores de Henares; y edición de *Ninfas y pastores de Henares**]

-Preliminares a la paratextualidad.....	193
-Entre los desafectos y los afectos	198
- <i>Pastorilia</i>	203
-RANCAJO 1. ¿Canario, estudiante, enemigo de Cervantes?.....	210
-RANCAJO 2. Lecturas de Bernardo González de Bobadilla.....	245
-RANCAJO 3. El paratexto de <i>Ninfas y pastores de Henares</i>	270
-I. Preliminar	272
-II. «Primera parte...».....	273
-III. «... de las <i>Ninfas y pastores de Henares</i> »	277
-IV. «Dividida en seis libros»	280
-V. «Compuesta por Bernardo González de Bobadilla»	281
-V.1. El único estudiante.....	282
-V.2. Estudiante en la Universidad de Salamanca	283
-V.3. Natural de las Islas Canarias.....	296
-V.4. Seudónimo / emigrante	307
-VI. «Dirigida al Licenciado Guardiola»	311
-VII. Marca tipográfica.....	313
-VIII. «Con privilegio».....	313
-VIII.1. Gonzalo de la Vega, escribano	317
-VIII.2. Testimonio de erratas / tasa / privilegio	319
-IX. «Impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián»	321
-X. «Año de 1587»	333
-XI. «A costa de Juan García, mercader de libros».....	341
-RANCAJO 4. Un objeto del siglo XVI: la novela pastoril <i>NyPH</i>	344
-RANCAJO 5. El género pastoril a través de <i>NyPH</i>	366
-Aproximación a los fundamentos del género pastoril.....	366
-Esbozo histórico de los libros de pastores.....	387
«Bien entendía Fílira que nadie escuchaba sus lamentos...».....	448
-BIBLIOGRAFÍA DE LOS RANCAJOS.....	451
- <i>Consumatum est</i> , Bernardo	460

Y...

15. Un docente [<i>Un docente y otros textos sobre educación</i>]	463
16. Penúltimas lecciones escolares de 2020 (y 2021) [<i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i>].....	481
17. En el senado de los egos I. Solo el mar [491]; II. Veleidad [492]; III. Decálogo sobre la evolución ideológica [492]; IV. Hecatombres sanadoras [493]; V. Intereses políticos esenciales [494]; VI. Temor y confianza en los amos de la última palabra [495]; VII. La soledad como anhelo [496]; VIII. Los mejores consejeros [496]; IX. Los verdaderos santos inocentes [497]; X. Los relativos beneficios del peculio [497]; XI. El celo ninguneado [498]; XII. Tan diferentes y, sin embargo, tan iguales [498]; XIII. Vanidades [499]; XIV. Pírrico premio [499]; XV. Ninguneo [500]; XVI. Presuntos intereses desnortados [500]; XVII. Lealtad <i>versus</i> irrelevancia [501]; XVIII. Placeres impuestos, ganados malestares [501]; XIX. Viajar es, al fin y al cabo [502]; XX. Más allá de los escrúpulos [504]; XXI. Hablar por hablar I [504]; XXII. Hablar por hablar II [505]; XXIII. <i>Carpe diem</i> [508]; XXIV. Los demonios [510].	
18. Haz y envés de La Transición. Agüimes como referencia [Fernando T. Romero Romero, <i>La Transición en Agüimes</i>].....	511
19. Una brújula para la justicia y la memoria popular [Fernando T. Romero Romero, <i>La dictadura franquista en Agüimes a través de sus documentos (1939-1953)</i>]	519
20. Pérez Casanova, una oportunidad para no olvidar [Nicolás Guerra Aguiar, <i>La represión franquista contra...</i>]	529
21. ¿Sobre dichos y modismos? «Pa'una cabra partía...» [Luis Rivero. <i>Dichos y modismos de Canarias / Como dice el dicho</i>]	533
22. Extra omnes II Liberación [549] Mentira es, y punto [551] Parlamento fallido [551] Patriotas y patriotas [556] Trabajadores públicos, ciudadanos concertados-privados [559].	
23. La ira [<i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i>].....	563
24. Instantes [<i>Pro Marcelas</i>]	579
25. Más allá de más acá. Del tiempo: abcisa (X) [<i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i>] De siniestra a diestra: tramo del porteador..... De diestra a siniestra: tramo de la carga.....	583 586
ÍNDICE ONOMÁSTICO DE SOLTADAS UNO Y DOS	613

DE LITERATURA

1. El cervantino caso de *La viuda de José Saramago* [José Saramago, *La viuda*]
2. Entre Madeleine y Maud, clareando la bruma [Ángeles Alemán Gómez, *Maud Bonneaud-Westerdahl...*]
3. Cuidando el legado de los vientos [Víctor Álamo de la Rosa, *Trabajar en los vientos*]
4. Dos de tantos: los guirres de Víctor Ramírez [Víctor Ramírez, *Guirres sin alas*]
5. En la Matilla, donde *La hijuela* [Marcos Hormiga, *La hijuela*]
6. Dos lecturas sobre Domingo-Luis Hernández [Domingo-Luis Hernández, *Veneno en el paraíso y Angostura*]
7. Otredades y miedos en el insectario de *Carcoma* [Yurena González Herrera, *Carcoma*]
8. En el cálido huerto de Landero [Luis Landero, *El huerto de Emerson*]
9. Coordenadas alternativas para el siglo XX [Antonio Puente, *Para un imaginario del siglo XX...*]
10. Diarios domésticos del desamor [Rafael-José Díaz, *Duérmete, cuerpo mordido*]
11. Ese vivir sediento de Amélie Nothomb [Amélie Nothomb, *Sed*]
12. Para leer en la gran orilla de Ricardo Blanco [José Luis Correa, *Para morir en la orilla*]
13. En el jardín de Roco ocurrió... [Alexis Ravelo, *Los nombres prestados*]
14. Antonio Becerra, piedra en esta otra vida [Antonio Becerra, *En esa otra vida de la piedra*]

Y...

15. Un gestor administrativo de contenidos [Un docente y otros textos sobre educación]
16. Memorial de la pandemia [Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19]
17. De la tierra
18. El Hierro inconmensurable [Víctor Álamo y Alexis W. , *El Hierro. La isla al principio*]
19. El altermundismo de Francisco Morote [Francisco Morote Costa, *En clave altermundista*]
20. Marcelas todas [Pro Marcelas]
21. Moiras apoteosis [Moiras chacaritas]
22. *Extra omnes* III [Para un dios, un mensajero. ||| *War ensemble*: I. Para derrocar la no humanidad; II. Desarmar la realidad; III. ¿*Quid pro quo?* ||| *Descortesías, indecencias y estulticias*: I. Simplemente educación; II. Lucanores sin Patronios; III. Hay coños y coños; IV. Desrazonar; V. El reverso de una broma escolar. ||| *Avisos y emergencias*: I. No pasa nada; II. La democracia como límite; III. Derechización; IV. Devolver lo impropio; V. Transfuguismo en indecencia mayor. ||| *Trono republicano*: I. Lo que no se ha dicho del 12 de octubre; II. Qué pensará Leonor; III. Felpica II de 2021].
23. Decálogo sobre el libro impreso [Lecturas civiles]
24. 35 años de un instante: C.P. León y Castillo, 1987-2022 [Articulaciones]
25. Leccionario de Átropos [Los cuartos y los finales]

DE LITERATURA

1. *El reloj de Clío, un espejo brillante para novelistas* [Emilio González Déniz, *El reloj de Clío*]
2. **Sí, tienes que mirar y leer a Starobinets** [Anna Staronibets, *Tienes que mirar*]
3. **Textos paralelos para dar que pensar** [Víctor Álamo de la Rosa, *Da que pensar*]
4. **¿Quién delató a Domingo López Torres?** [Juan-Manuel García Ramos, *El delator*]
5. **Un tío como espejo para políticos corruptos** [Alexis Ravelo, *Un tío con una bolsa en la cabeza*]
6. **Manual para salvar los libros que se perderán** [Javier Saez García, *Manual de pérdidas*]
7. **Julia Gil, pasión y destrucción en medio del páramo** [Julia Gil, *Tiempo de pasión, tiempo de destrucción*]
8. **Escritores, un imprescindible...** [*The Paris Review*]
9. **¿Malos tiempos para la lírica?** [Osvaldo Guerra Sánchez, *Las siete extinciones*]
10. **Muestras para un diccionario sadalónico** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
11. **20 quipus literarios y un poema desesperante**
12. **Para una historia teldense de la literatura canaria** [VV.AA., *Letras a Telde, 1351-2001*]
13. **Día de las Letras Canarias, manifiesto** [*El tribuno. Revista bimestral de pensamiento*]
14. **Para una despedida de Cervantes** [*Demonios cervantinos / El Quixote sin don Quijote*]
- Y...
15. **De presiones prisioneros los docentes**
16. **Barrios [mundo mejor > mundo feliz] Orquestados** [José Brito López, B.O. *Metodología musical desde lo social*]
17. **Del mar tenebroso al océano afectuoso** [Antonio Becerra Bolaños, ed., *Poesía atlántica*]
18. **La Transición como prólogo y epílogo de un relato inconcluso** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*]
19. **Donde las huellas, los caminos** [Luis López Sosa, *Toponimias y antroponimias de Telde*, t.1]
20. **Perenne San Gregorio**
21. **Samper Padilla. Ante todo, calidad humana**
22. **Extra omnes I** [«Ego teológico»; «*Lecturas civiles*, una introducción»; «Entre redes: antdisturbios vs. antidemócratas»; «Una verdad republicana» y «Carta desesperada a un ángel prisionero»]
23. **Felípica I de 2020**
24. **El camino hacia *Los cuartos*** [*Los cuartos y los finales*]
25. **Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas...*]

«[...] pues no es el vencedor más estimado de aquello en que el vencido es reputado [...]»